

ANTONIO PEREIRA

(En Universidad de Valladolid, el 25 nov. 1992)

Muchas gracias al profesor- Javier Blasco por su generosa presentación. Muchas gracias a la Universidad de Valladolid por invitarme a participar en estos encuentros tan bien titulados, puesto que se acogen al rótulo de "Renovación de Los Lenguajes Poéticos". La palabra poesía -huelga decirlo en esta docta casa-, tuvo para los griegos una significación más amplia que la que solemos darle en el uso diario, un uso que la reduce a la creación literaria en verso; y esto ocurre no sólo en la cotidianidad de la calle sino también en el discurso de los medios cultos, donde si se dice que en Valladolid ha habido una reunión de poetas, nadie entenderá que se haya convocado a novelista y cuentistas.

Los señores de la Real Academia parece que algo han reflexionado sobre el particular-, porque al invertir el ciudadano trece o catorce mil pesetas en la recentísima edición del Diccionario -y creo que aquí invertir está mejor dicho que gastar, en términos económicos- se encuentra uno con un cambio significativo, respecto a la edición de hace sólo ocho años:

Donde en 1985 se nos definía la poesía como "Expresión artística de la belleza por medio de la palabra sujeta a la medida y cadencia, de que resulta el verso", se lee en 1992: "Manifestación de la belleza o del sentimiento estético por medio de la palabra, en verso o en prosa."

De mí mismo -y con esto empiezo a hablar de mi poética puedo decir que ni una línea he escrito sin voluntad de poesía. Lo mismo si el texto va todo seguido que si cortado en versos o versículos, medidos o caprichosos. No creo que Cervantes en el Quijote o Rulfo en Pedro Páramo sean menos poetas que Garcilaso o Rubén.

Mis primeros libros fueron de versos. El primero de todos se llamaba *El regreso* y apareció en esa colección Adonais que ahora va a ser cincuentenaria y que sigue manteniendo su sobria y querida presentación gráfica. Mi última entrega se titula *Antología de la seda y el hierro*, y en el medio se cuentan media docena de poemarios. Bastantes antologías de poesía me ignoran. Naturalmente, no podría ser de otra manera. He publicado algunas novelas, escribo cuentos que para algunos son estimables, y ya lo decía Cela: que en España somos tan pobres que no podemos tener dos ideas sobre una misma persona.

Esto de los versos lo he traído al comienzo de mi declaración de esta tarde porque tiene bastante que ver con mi lenguaje narrativo y, muy en especial, con mi narrativa breve. No me refiero para nada al empleo de vocablos tenidos por líricos, ni a ritmos patentes o solapados que son propios del verso, justo lo que hay que evitar en un relato. Lo que la disciplina del poema ha proporcionado a mis relatos es el potencial de sugerencia de las palabras, y también el sentido de la economía, alimentos muy convenientes para cumplir la aspiración del cuento al efecto inmediato, para el destino manifiesto del discurso del cuento progresando hacia una final emoción intensa.

Es verdad que esto puede valer para la novela. Pero menos.

Pensemos en la densidad y la tensión que percibimos en un cuento de Borges, "El Sur", "La intrusa" o "El milagro secreto". Sería difícil sostener esa temperatura a lo largo de las páginas de una novela; y si el novelista lo consiguiera, el lector estaría sofocado y suspirando por alguna tregua con refrigeración.

Y hablando de novelas: En mi bibliografía aparecen tres y creo que procede considerarlas brevemente, porque también pueden iluminar el paisaje de los cuentos. *Un sitio para Soledad* fue la primera y *País de los Losadas*, la última, no sabría decir si hasta ahora o para siempre. En el medio, *La costa de los fuegos tardíos*, y ésta es para mí "una espina en el corazón clavada": ahora creo que lo que tenía yo a punto sobre la mesa del escritorio era una colección de relatos. Por entonces cualquier editor se santiguaba al ver entrar en su despacho un libro de narrativa que no fuese una novela de cientos de páginas, y yo quería publicar mis relatos. Las distintas piezas estaban trabadas sobre un único escenario y por unos vínculos razonables, hasta había personajes que se repetían, de manera que caí en la tentación de unos arreglos oficiosos y a la calle salió como novela -dudosa- lo que hubiese sido un conjunto cierto y bastante decoroso de cuentos.

Parece que luego cambió algo la fortuna editorial del género, no sé si con carácter general o si mejoró para mí -tampoco es que esté echando las campanas al vuelo-, y si esto fue por casualidad o como premio a mi perseverancia

La verdad es que ahora mismo no es que me guste el cuento. Es que me apasiona. Está llenando mi vida literaria, o más totalmente: está llenando mi vida. Y me inquieta, porque si en el trabajo de creación me exige cada vez más, en el análisis teórico se resiste endiabladamente a los asedios: o sea, que sé cuándo es bueno un cuento, pero cada vez me es más difícil razonar sobre su bondad.

Nunca tuve la idea de escribir para enseñar a los demás, más bien al escribir

adviento que me estoy instruyendo yo mismo. Algo así me ha ocurrido al preparar para ustedes estas reflexiones: que descubro o barrunto cosas respecto a mi propia obra. Por ejemplo, el porqué de que me resulte gravoso enfrentarme con la redacción de un texto extenso y en cambio acepte esta otra dificultad, mucho más ardua para tantos otros escritores, que consiste en la pelea por la concisión.

Para componer una novela o un largo ensayo hay que echar culo en la silla, pasar horas junto a los folios (hay colegas que junto al ordenador) tratando de remedar o interpretar la vida mientras la vida está fluyendo en la calle. O sea, que en un principio, a lo mejor me ha dado por escribir cuentos a causa de que soy un hombre "disipado" -no quiero decir calavera o libertino-, ejerciendo seriamente la literatura pero simultaneándola con otros oficios, traslados, traqueteos por otros ámbitos. Y no me faltan compañeros: Don Juan Manuel, si no se escandalizan con la comparación, andaba siempre del coro al caño, del reino de Navarra al reino de Murcia y por eso escribió los apólogos de El Conde Lucanor en vez de una novela como El Quijote. El cuentista y preceptor de cuentistas Horacio Quiroga, apenas escribió más que cuentos, y qué casualidad: andaba al mismo tiempo de colono por la selva, cultivaba algodón en el Chaco, tenía negocios de carbón. Y el caso tan significativo de Cortázar. Cortázar se "repartía " mucho en los últimos tiempos, y su libro de relatos: *Queremos tanto a Glenda* lo produjo en diez asaltos espaciados durante cuatro años. "Pero así no puede escribirse una novela", declaraba el argentino a su entrevistadora.

En este acto se me ha asignado un tiempo estricto, como debe ser. Y temo que con el "cuento del cuento" haya arrimado el ascua a mi sardina restando minutos a otros puntos establecidos para la reunión. Por ejemplo, el tema de las formas y los contenidos, que me gustaría despachar con eclecticismo y sencillez: Por muchas vueltas que le, demos, el arte de novelar consiste en: A) saber una buena historia; y B) saber contarla. Puede haber predominio de A sobre B, o viceversa, o empate entre ambos valores, pero no creo que pueda darse una narración estimable si no están presentes los dos ingredientes indispensables del guiso.

Otros dos asuntos vamos a tener sobre la mesa, y el primero se refiere a la participación de Castilla y León en una "Nueva narrativa" (supuesto que ésta exista). No voy a lucirme, y ni siquiera a cumplir medianamente, en este terreno que me parece de estudiosos y de críticos y profesores. Parecerá demasiada simplicidad y puede que simpleza, decir que creo en una nueva narrativa -y en la renovación de los lenguajes poéticos- por el sólo hecho de que la literatura se reinventa en cada una de las creaciones de real categoría artística. Esta posición es demasiado elemental, y bien sé que insuficiente para el talante investigador de estas jornadas, que seguramente concluirán en mayores claridades.

Y ahora, en fin, unas palabras sobre la narrativa que en los años 80 -y en lo que va de los 90- han hecho los escritores de Castilla y León. La que hemos hecho, porque no voy a excluirme con innecesaria modestia. También aquí me acojo a mi condición de autor, que no de erudito, sobre todo porque no conozco suficientemente lo que han escrito mis colegas, y en cierta manera, créanme ustedes porque tampoco conozco mi propia obra. Pero sí pienso que hablar de la narrativa de Castilla y León será referirse a la obra de los autores que han nacido o viven (o ambas cosas) en esta Comunidad de nueve provincias, donde unos han cultivado el ruralismo o incluso cierta sensibilidad ecológica mientras otros se han dado a la temática urbana y cosmopolita, con análoga diversidad en la elección de las formas. No creo que nuestros queridos "entomólogos" de la literatura lo tengan fácil si intentan homogeneizar o aproximar entre sí a los autores por notas comunes que no sean las meramente biográficas.

Castilla y León, dentro del nuevo y opinable mapa de España, es un territorio amplio y variado, con más cohesión política y administrativa que sentimental, al menos por ahora. Y para colmo, está rodeado por regiones con pujante personalidad y mucha capacidad de influencia. Emparentar a un escritor del Bierzo, próximo a los fabuladores brumosos del Noroeste extremo, con el novelista o cuentista de Ávila o de Soria, me parece que sólo puede hacerse desde el voluntarismo de que nos reunamos en amor y compañía (lo que personalmente me complace mucho) y la aceptación de una vasta diversidad que a todos nos enriquece.

Antonio Pereira